



EL RELOJ DE MADERA.

PARA que veais, queridos niños, á donde puede conducir la pereza, ayudada de la glotonería y una indiscreta curiosidad, os contaremos un lance que sucedió no ha mucho en Barcelona, capital del antiguo principado, cuyos habitantes son los mas laboriosos de toda España.

Un pobre matrimonio arrinconado en la Barceloneta, ganaba lo necesario para mantener á un hijo y mantenerse él: es verdad que esto les costaba gran trabajo; pero cuando se cansaban, de-

cian : Jacobillo nos ayudará dentro de tres ó cuatro años ; Jacobillo nos amará ; Jacobillo nos mantendrá cuando seamos viejos. Ay ! no envejecieron y cayeron, cuando su hijo, de unos cinco años de edad, no tenía fuerzas para sostenerles. Una vecina, pobre como ellos, pero caritativa como el pueblo lo es con el pueblo, prometió á los moribundos que recogería y cuidaría á Jacobillo, promesa que cumplió, llevándosele á su casa, y trabajando para mantenerlo hasta la edad de seis años.

Cuando vió que empezaba á hacer de las suyas holgazaneando por el cuartel, queriendo ponerle en estado de ganar su vida mejor, lo envió á la escuela, diciéndole que era vieja, y que el día menos pensado podía quedarse solo, cuyas palabras le repetía cuando volvía de la escuela gratuita con malas notas.

Porque en la escuela contrajo perjudiciales relaciones, y perdía en la ociosidad de las horas de recreo cuanto adelantaba durante la clase : había en ella condiscípulos laboriosos que aprovechaban el tiempo del juego para estudiar, y perezosos que consumían las horas de estudio jugando, siendo estos últimos los que mas gustaban á Jacobillo, que siempre llegaba tarde á la escuela.

Lo que le hacía detener sobre todo era un reloj de madera que desde su infancia veía en casa de un zapatero vecino, que se conocía con el apodo de *Machaca-Hierro* : el chico no se cansaba de contemplar el reloj, en verdad de muy ingenioso trabajo. Cuando daba la hora salía un cuco de la caja, y moviendo las alas dejaba oír su cántico tan dulce y tan puro : dos herreros se alzaban del reloj á cada media hora, y cada uno de ellos daba un golpe sobre el yunque. Por lo que hace á los cuartos y á los tres cuartos, los anunciaban uno ó tres soldados que aparecían cuando era necesario. Claro es que cualquier niño se divertiría en mirar aquel manejo ; pero Jacobillo no se cansaba, y perdía el tiempo en la tienda del zapatero, teniendo muy buenas ganas de tocar las pesas que bajaban y subían á cada oscilación del balancin : no lo hacía, porque el zapatero interponía su autoridad, no permitiendo que Jacobillo pusiese la mano en las pesas de movimiento ni en las del despertador.

Machaca-Hierro no era perezoso, y cuando tenía mucho que hacer, subía por las noches el despertador, tirando de una de las pesas, y llegada la hora que había marcado para no dormir, se armaba un repiqueteo capaz de despertar al sordo mas sordo. ¿Qué no hubiera dado Jacobillo por oír aquella encerrada, y sobre todo por hacerla sonar? Pero quedó harto satisfecho sobre este punto, como vereis mas adelante.

Viendo su madre adoptiva que cada día era mas holgazan, y advertida por otra parte de las notas que le ponían los maestros, le regañaba sin cesar ; pero con tanta dulzura, que él se burlaba

de sus regaños, cosa muy fea, porque el niño que se rie de las reprimendas templadas por la bondad, y solo cede á los regaños brutales y al miedo, revela tener mal corazon, siendo tan vergonzoso para un niño como para un hombre dejarse llevar del temor. Siendo, pues, vanas sus súplicas y sus amenazas, la buena de la vieja no tenia otro recurso que acudir al vecino, pidiéndole por favor echase á la calle á Jacobillo cuando entrara en la tienda, y que le riñese con alma.

El vecino cumplió con el encargo de mil amores, quitándole la gana de volver á contemplar el reloj de madera, á lo menos para quince dias; pero aun no habia transcurrido este tiempo, cuando ya el perezoso se paraba delante de la tienda, atisvando el reloj, y mirando las pesas con tanto ojo. Y sin embargo, entonces tenia diez años, y hubiera podido estar bastante adelantado para salir de la escuela, porque nadie se quejaba de su inteligencia. Leia y escribía bastante bien; pero no sabia una regla de aritmética, prueba evidente de la falta de aplicacion y de raciocino. Además era muy gloton, y como por desgracia la posicion de su madre adoptiva no le permitia satisfacer este vicio como hubiera deseado, pasaba muy malos ratos cada vez que veia alguna golosina.

Cierto dia descubrió en la tienda del zapatero dos cosas que le alborotaron los cascos: á la derecha el reloj en cuestion, y á la izquierda un monton de manzanas, que el zapatero se ocupaba en guardar en un cuarto contiguo á la tienda.

— «Quieres hacerme el favor de largarte?... Ea, á la escuela!» gritó Machaca-Hierro, que por cierto no era mas dulce que su nombre, y cuando hablaba de mal humor y con voz gruesa, hubiérase dicho que machacaba hierro efectivamente: añadid á esto grandes patillas en unas mejillas huecas, y apuesto á que os hubiera infundido miedo. Jacobillo al menos lo tuvo, porque se dirigió á prisa á la escuela, pensando en las manzanas y en el maravilloso reloj, por lo que deducireis que con tales disposiciones no oiría al maestro, recibiendo mas de una palmeta.

Con qué impaciencia aguardaba el fin de la clase! Por último llegó, y hétenos aquí á Jacobillo valiéndose de las manos y de los pies para abrirse calle por en medio de los niños que se agolpaban á la puerta de la escuela. Al fin lo consiguió, y vedlo caminando hácia la Barceloneta; pero solo ya, y dejando á la espalda á sus condiscípulos. Anda á prisa, lentamente, acorta el paso y lo alarga de nuevo, siempre mirando hácia adelante... ya adivinareis qué... la tienda del zapatero. A cien pasos de distancia se escurre como un gato que se acerca á un raton, y estuvo tentado por decir en voz alta: «qué fortuna!»

Nadie habia en la tienda: mira á derecha y á izquierda, sin cuidar si su madre adoptiva lo vé, y paf! de un salto llegó has-

ta el reloj, poniendo la mano en la pesa que era preciso subir para preparar el despertador. Esperaba ver cosas magníficas, pues muchas veces se había dicho que si pudiera tirar de la cuerda, sin duda vería figuras mas bellas que las que aparecian de ordinario. Vedle, pues, tirando de la pesa muy alegre; pero con algun temor, porque ¿no podía salir de la caja alguna garra, y arañarle en la cabeza para enseñarle á que no fuese curioso ni desobediente?... No importa, continúa hasta que el despertador sube, y no oyendo mas que un ruido monotonó y rechinante, se dijo:—«No es mas que esto?» Ni mas ni menos que lo que suele suceder á todo curioso.

Disgustado en cuanto al reloj, y sin poder atrapar ni una manzana, nuestro Jacobillo se escapa, y entra en su casa avergonzado.

—«Tú no has sabido la lección, le dijo la vieja... lo conozco en tus ojos, y en castigo apenas comas te irás á acostar: lo oyes?»

Después de la comida eran las tres de la tarde; pero que quiso que no quiso, Jacobo tuvo que someterse, y se sopló en su cuarto, sin saber que subiendo el despertador, el maestro Machaca-Hierro despertaría algunos minutos después de la una de la madrugada, gracias al repiqueteo de que os he hablado.

Cuando llegó la noche, el zapatero, que había trabajado mucho aquel día, sacó su catre de tijeras á la tienda, que le servia de dormitorio, y se dijo al tiempo de acostarse:

—«Lo que es por esta noche vaya al demonio el despertador! Estoy muy cansado, y no pienso levantarme hasta muy entrado el día.»

Y á poco de decir estas palabras dormia á pierna suelta, sin que en la tienda se oyese otra cosa que los ronquidos de Machaca-Hierro, y el ruido mesurado de la péndola del reloj de madera.

Jacobillo estaba acostado, mas no dormia, y no sabiendo que hacer con sus ojos y sus manos, miraba á derecha, á izquierda, al rededor de él, seguía con el dedo la pintura de los pedazos de papel que colgaba de las viejas paredes, ó sobre las mismas paredes tocaba el tambor con los puños, con tanta fuerza y tan bien, que cayó un pedazo de yeso, dejando abierto un gran agujero; y qué creéis que vió Jacobillo por este agujero? el monton de manzanas del vecino.

No era Jacobo de los que se contentan con ver, y así alarga el brazo por el agujero para atraer una manzana; pero todos sus esfuerzos eran inútiles: procura meterse por el agujero, mas su cabeza no podía entrar. Entonces se apodera de él una buena intencion, y renuncia á toda tentativa, procurando dormirse. No! el demonio de la glotonería está allí que le impide cerrar los ojos, y

vé de nuevo el agujero y aquellas manzanas tan apetitosas. No pudo resistir mas, y alargó el brazo como la primera vez; pero tampoco logró su objeto. Sin embargo, arrancó otro pedazo de yeso, y agrandando el agujero, comenzó á arañar al rededor con extraordinaria actividad.

Aquella operacion fué larga, porque Jacobillo se paraba de rato en rato cuando oia que alguno pasaba por la calle, ó á su madre adoptiva que todavía no se habia acostado, y porque le asaltaban remordimientos que le decian: «alto!» y obedecía; pero la glotonería no se apartaba de su lado, y proseguia el chico su obra, sin saber que el escalamiento lleva al que lo ejecuta á galeras, ó á presidio.

A medida que iba abriendo en la pared el boquete, dos ruidos se aumentaban mas y mas, dos ruidos que debieran haberle asustado; el *toc, toc* de la péndola del reloj de madera del zapatero, y los ronquidos del susodicho, que no esperaba ser despertado tan pronto merced al pícaro Jacobo.

El tunante seguia trabajando en su agujero, y ya podia pasar la cabeza hasta los hombros cuando oyó dar las doce: su madre se habia acostado, y como no oia pasos en la calle, y el zapatero roncaba á la buena de Dios, Jacobillo arañó la pared con los dedos de tal manera, que á las doce y media pudo pasar los hombros, y de consiguiente tambien el cuerpo. Se detiene sin embargo á la orilla del precipicio que ha abierto, y duda algun tiempo; pero al fin cuando dió la una, ya se hallaba en el gabinete del zapatero.

La una de la madrugada! bien pronto, dentro de algunos minutos, ya lo sabeis, queridos lectores, el repiqueteo vá á despertar á Machaca-Hierro, que en lo que menos piensa es en eso, ni tampoco el ladroncillo.

Mientras cojía las manzanas, no estaba contento ni tranquilo, porque nadie puede estarlo cuando obra mal, y se daba prisa como si fuera á ser sorprendido; pero como el zapatero seguia roncando, esto le tranquilizaba en parte.

—«Hola! hola!.... silba alguna serpiente?.... cantan á la vez ciento ó mas gallos?.... chocan sables y espadas? hola!....» exclama Jacobillo en el colmo del espanto, y sin poder hallar el agujero, pues el cuarto estaba muy oscuro, y con el miedo perdió el tino.

—«Hola! qué es esto? grita el zapatero despertando sobresaltado: habré subido sin saberlo el maldito despertador?.... pero oigo pasos..... ladrones! ladrones!...»

Apenas Machaca-Hierro dice estas palabras, salta de la cama, enciende un fosforo, y con él una vela: agarra en seguida un palo, y entra en el cuartito, hallando en el suelo á Jacobo, que habia caído aterrado junto á las manzanas.

—«¿Qué haces aquí, desgraciado? qué haces? exclama con la voz gruesa que ya sabeis, de suerte que una patrulla que pasaba hizo que le abrieran la puerta, y se llevó preso á Jacobillo; pero el zapatero tuvo compasion de él, y le disculpó para que le absolvieran.

—Quedas en libertad, le dijo el juez; pero acuérdate de que he sido indulgente, porque el robo de una fruta es tan grave como cualquier otro. Dices para justificarte que no hubieras robado dinero, mas una manzana se vende y se compra, y de consiguiente hurtas dinero cuando robas una fruta. Primero se roba una manzana, despues el dinero para comprarlas, y quién sabe si para adquirir dinero no será preciso quitar la vida á un hombre?»

Durante la prision de Jacobillo, quien estuvo en la carcel dos meses antes de ser absuelto, falleció su madre adoptiva, y se hallaba expuesto á vivir en la vagancia sin sujecion alguna; pero una viuda que habia perdido á su hijo único, á quien amaba con delirio, considerando que Jacobillo se habría enmendado con aquella terrible leccion, lo prohibió, llevándoselo á su casa, sin que jamás haya tenido que arrepentirse de su buena obra.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE JUDA.—REINO DE ISRAEL.

I.

Rebelion de las Tribus.—Roboam.—Jeroboam.

Luego que murió Salomon, Roboam, su hijo, marchó á Sichem, donde el pueblo de Israel se hallaba reunido para nombrar rey.

Pero Jeroboam, prevenido de lo que pasaba, dejó el Egipto, á donde se habia refugiado para evitar las persecuciones de Salomon, y dió la vuelta á Jerusalem.

Inmediatamente fué en busca de Roboam con el pueblo de Israel, y le dijo:

— «Vuestro padre nos impuso un yugo muy pesado, no seáis vos tan severo; disminuíd las cargas que tenemos que soportar, y os serviremos fielmente.

— Volved dentro de tres días, respondió Roboam, y os manifestaré lo que haya decidido.»

El hijo de Salomon convocó á los ancianos contemporáneos de su padre, y les consultó acerca de la respuesta que debía dar.

«Si accedeis un poco á las pretensiones del pueblo, dijeron los ancianos, y le tratais con dulzura, se dedicará para siempre á serviros.»

Pero el rey no aprobó este consejo, y siguió el dictamen de unos jóvenes, sus camaradas y amigos, cuyo modo de pensar, igual al suyo, conocía.

«Es preciso responder al pueblo en estos términos: si mi padre os ha impuesto un yugo muy pesado, yo seguiré su ejemplo, y aun seré mas severo. Si os castigó con varas, yo emplearé varas de hierro.»

Tal fué el dictámen de los jóvenes consejeros de Roboam, quien dirigió estas duras y abominables palabras al pueblo en respuesta á la petición que le habia hecho.

A todo Israel indignó semejante conducta, y se retiró á sus tiendas. Solo los habitantes de Judá permanecieron fieles á Roboam, el cual huyó á Jerusalem, mientras Jeroboam era nombrado rey de todo Israel.

Cuando el rey supo esto, reunió á toda la tribu de Judá y á la de Benjamin, y se puso en marcha con ciento ochenta mil hombres escogidos para reducir á la obediencia á las tribus rebeldes.

Entonces el Señor se dirigió á Semeias, hombre instruido y religioso, á quien amaba.

«Habla á Roboam, á las tribus de Judá y de Benjamin, así como á todo el pueblo, y diles: «he aquí las órdenes del Señor: no quiere que vengais á las manos, ni que hagais la guerra á los hijos de Israel, vuestros hermanos. Marchad, pues, y dad la vuelta á vuestras tiendas; abandonad vuestros proyectos, y seguid los consejos que Dios os dá por boca mia.»

El pueblo oyó la voz del Señor; y no se trabó aquella guerra impía.

Jeroboam reedificó á Sichem en la montaña Ephraim, y fundó la ciudad de Phanuel.

Entonces reflexionó, y pensó que si su pueblo iba á Jerusalem para ofrecer sacrificios en el templo del Señor, podría algún dia volver á la obediencia de Roboam, y para evitarlo mandó hacer dos becerros de oro, y dijo al pueblo:

«No vayais á Jerusalem en lo sucesivo: estos son los dioses que os sacaron de Egipto, y á ellos es preciso adorar.»

Colocó al uno en Bethel y al otro en Dan, no sin que el pueblo abandonase por ellos al verdadero Dios.

Continuando Jeroboam su impia obra, alzó templos, y los puso al cargo y conservacion de sacerdotes que no eran de la tribu de Levi, instituyendo fiestas, durante las cuales se sacrificaba víctimas en honor de los becerros de oro.

El mismo rey subia al altar para ofrecerlas en holocausto.

II.

El profeta desobediente.

Por aquel tiempo un profeta, es decir, un hombre animado del espíritu del Señor, de Judá se trasladó á Bethel por mandato de Dios, y halló á Jeroboam junto al altar, quemando incienso.

El profeta exclamó:

«He aquí lo que dice el Señor: en la raza de David nacerá un niño que se llamará Josías, é inmolará en este altar á los sacerdotes que inciensan en este momento, quemando los huesos de los hombres. El altar vá á romperse, y la ceniza será derribada, á fin de que veais que hablo en nombre del Señor.»

Jeroboam oyó estas palabras que el profeta pronunciaba en alta voz delante de él, extendió la mano hacia el altar y dijo: «Prended á ese hombre!»

En el mismo momento el altar se partió en dos pedazos, y la ceniza cayó al suelo. La mano que el rey tenia extendida hacia el profeta se secó, y no pudo moverla hacia sí.

Jeroboam imploró al hombre de Dios, suplicándole le volviese el uso de la mano, y el profeta dirigió una plegaria al Señor, volviendo al instante la mano á su primer estado.

El hombre de Dios se retiró en seguida sin querer aceptar lo que el rey le ofrecia, porque el Señor le habia prohibido comer ni beber en aquel lugar.

Pero mas tarde, como encontrase en el camino á un hombre que le ofreció hospitalidad, aceptó, y se sentó á su mesa. Cuando volvió á emprender su viaje, halló un leon que le dió muerte, quedando su cadaver en medio del camino; pero fué conducido á la ciudad y colocado en un sepulcro. Así es como, amados niños, castiga Dios la desobediencia de sus siervos, porque si bien es infinita su bondad, su justicia es terrible.

III.

Profecía acerca del linage de Jeroboam.—Muerte de Roboam.

Este suceso en nada mudó la conducta de Jeroboam, quien continuó su vida depravada, y siguió el culto de los dioses falsos, escogiendo entre los últimos del pueblo á los sacerdotes y encargados en las ceremonias religiosas.

Por aquel tiempo, Abia, hijo de Jeroboam, cayó enfermo, y el rey dijo á su esposa:

«Disfrázate para que no te conozcan, y vé á Silo, donde hallarás al profeta Ahias, el cual me ha predicho que reinaría en este pueblo. Consúltale, á fin de saber el destino de este niño.»

La esposa de Jeroboam fué en busca del profeta, llevando consigo diez panes, un roel (pieza de escudo), un vaso lleno de miel y algunos otros regalos.

El santo varon era muy anciano, y sus ojos ya debilitados no tenían fuerza para ver lo que se presentaba ante ellos.

El Señor le dijo:

«La esposa de Jeroboam viene á consultarte sobre la enfermedad de su hijo.»

Entonces el Señor manifestó á Ahias lo que debía responderle.

Apenas entró la reina, el profeta le habló así:

«Por qué os ocultais? tengo que anunciaros una mala noticia.

«He aquí las palabras del Señor: «te he elevado entre todos los israelitas, y te he hecho gefe de mi pueblo, quitando este reino al linage de David para dártelo. En vez de seguir el ejemplo de este príncipe, has hecho mas daño que todos tus predecesores, estableciendo dioses extraños, representados por imágenes de metal, y has abandonado mi culto, faltando á tus juramentos.

Haré caer toda especie de males sobre la familia de Jeroboam; haré morir desde los animales hasta el niño mas querido; exterminaré su raza, y la perseguiré hasta que no quede ni uno solo. Los deudos de Jeroboam que mueran en las poblaciones, serán devorados por los perros, y los demás destrozados por las aves de rapiña. Volved á vuestra casa, que vuestro hijo morirá en el momento en que entreis en la ciudad. Todo Israel lo llorará, siendo el único de entre vosotros que descansará en un sepulcro, porque es el único que agrada al Señor.»

Todo lo que el hombre de Dios habia predicho sucedió, quedando exterminada la familia de Jeroboam mas tarde.

A los cinco años de reinado por parte de Roboam, Sesac, rey de Egipto, marchó contra Jerusalem, y como los israelitas ha-

bían desobedecido al Señor, los abandonó á merced de sus enemigos.

Los egipcios se apoderaron de las plazas mas fuertes de Judá, y avanzaron hasta Jerusalem, á donde se habia retirado con sus tropas Roboam.

Entonces el profeta fué en busca del rey y los príncipes de Judá, y les dijo:

«He aquí las palabras del Señor:» me habeis abandonado, y os he retirado mi proteccion.

—«El Señor es justo,» respondieron los príncipes.

Viéndolos Dios tan humillados, dijo á Semeías:

«Puesto que están humillados no los exterminaré; les daré algunos socorros, y haré recaer mi enojo sobre Jerusalem, protegiendo las armas de Sesac, pero sufrirán su yugo, á fin de que sepan qué diferencia hay entre servirme á mí ó á los príncipes de la tierra.»

El rey de Egipto se retiró de Jerusalem, llevándose los tesoros de la casa del Señor y los del palacio del rey, sin perdonar el broquel de oro hecho de orden de Salomon.

Mientras vivió Roboam, el reino de Judá estuvo atormentado sin cesar por guerras terribles contra Jeroboam.

Murió despues de un reinado de diez y siete años, dejando el trono á su hijo Abia.

IV.

Batalla entre Israel y Judá.—Muerte de Jeroboam y de Abia.

Inmediatamente despues que murió su padre, Abia se preparó á continuar la lucha que sostenia contra Jeroboam. Reunió pues un ejército de cuatrocientos mil hombres, y avanzó contra su enemigo, que contaba con mayor número de tropas. Fué á acampar en el monte de Semeron, y desde allí, dirigiéndose al pueblo de Israel y á Jeroboam, les dijo:

«Ignorais que el Señor, el Dios de Israel, ha dado para siempre á David y á sus descendientes la soberanía de Israel? Ignorais que Jeroboam, hijo de Nabat, súbdito de Salomon, se rebeló contra su Señor, y que una multitud de gentes sin nombre y sin fé le prestaron su apoyo, con lo cual se halló mas fuerte que Roboam?

«Habeis abandonado el culto del verdadero Dios para adorar becerros de oro, habeis arrojado á los hijos de Aaron y á los levitas, que son los sacerdotes del Señor, para convertirlos en sacerdotes de vuestros dioses.

«¿Cómo os atreveis á esperar que nos vencereis, á nosotros que somos el pueblo de Dios? Hemos conservado el cul-

to del Señor y de los sacerdotes de la raza de Aaron, encargando á Levitas los altares.

«Cada día por la noche y por la mañana ofrecemos holocaustos al Señor, y quemamos perfumes en honra suya. Tenemos los panes consagrados en una mesa muy limpia, y el candelero de oro está guarnecido de siete lámparas que se encienden todas las noches.

«Así, ya lo veis, seguimos fielmente las órdenes de la ley de Moisés.

«El jefe de nuestro ejército es el mismo Dios, y los sacerdotes tocan trompetas, cuyo sonido llega hasta vosotros.

«O vosotros pues, hijos de Israel, que oís mi voz, no combataís contra el Dios de vuestros padres!»

Mientras hablaba así, Jeroboam procuraba sorprenderle por detrás, y desplegar su ejército para envolverle.

Pero habiendo Abia penetrado su intencion, imploró al Señor, y al mismo tiempo todos los sacerdotes tocaron las trompetas.

El ejército de Judá entero lanzó terribles gritos, y Dios arrojó el espanto en Israel, de suerte que las tropas de Jeroboam tomaron la huida.

A los diez y ocho años de su reinado Jeroboam descendió á la tumba, y Abia gobernó á Judá por espacio de tres años, al cabo de los cuales murió.

V.

Muerte de Zambri.—Impiedad de Israel.

Asa reinó en seguida en Judá, y siguió el ejemplo de David merced á la proteccion de Dios. Arrojó de Jerusalem todos los ídolos que habian alzado, y llevó al templo del Señor el oro, la plata y los vasos que su padre habia hecho voto de dar.

Engrandeció su reino; edificó ciudades, y rechazó con valor las embestidas de sus enemigos. Fué sepultado con sus padres en la ciudad de David, sucediéndole en el trono su hijo Josaphat.

Al segundo año del reinado de Asa, Nadab, hijo de Jeroboam, comenzó á reinar en Israel, y vivió dos años en el vicio y la impiedad: pero Baasa, hijo de Abias, del linage de Isachar, formó una trama contra él, y le mató cerca de Gebbethon, ciudad de los philisteos que Nadab y todo Israel sitiaban á la sazón. Este hombre subió al trono de Israel, y exterminó lo que quedaba de la casa de Jeroboam, sin dejar ni un solo descendiente, cumpliéndose por tanto la profecía de Abias.

El Señor habló á Jehu, su profeta, diciéndole:

«He aquí lo que repetirás á Baasa: te he sacado del polvo para ascenderte al trono de Israel; y lejos de servirme de buena voluntad ni ser agradecido, has imitado á Jeroboam.

«Pues bien! serás castigado como él, pues arrebataré de la tierra la posteridad de Baasa y la de su familia, como he exterminado la de Jeroboam.»

Ela, hijo de Baasa, reinó despues de él; pero su reinado fué de corta duracion. Zambri, su servidor que mandaba su caballería, se rebeló contra él, y le mató mientras se embriagaba en compañía del gobernador de Thersa.

Zambri quiso aprovecharse de su crimen poniéndose en lugar de Ela; pero el ejército de Israel que sitiaba á Gebbthon, supo que se habia hecho nombrar rey, no lo reconoció, y eligió por príncipe á Amri que mandaba las tropas de Israel.

Este general dejó el sitio, y tomó posicion con su ejército bajo los muros de Thersa.

Viendo Zambri que la ciudad iba á ser tomada, y temiendo la crueldad del vencedor si caia entre sus manos, se retiró á su palacio. Reunió en torno de él á toda su familia, y prendiendo fuego al edificio por muchos puntos, se dejó abrasar, prefiriendo esta horrible muerte á rendirse á sus enemigos.

Despues de él, estallaron en Israel disensiones intestinas, y muchos príncipes procuraron levantarse contra Amri; pero consiguió someterlos, y reinó solo por espacio de doce años.

Compró la montaña de Samaria, y edificó una ciudad á quien puso este mismo nombre en memoria de Samer, que habia sido el propietario de esta tierra.

La conducta de este rey fué muy depravada, mucho mas vergonzosa que la de sus predecesores, y por su orgullo y su falsedad irritó al Señor.

Su hijo Achab imitó sus vicios, y se sumergió mucho mas en la infamia, edificando altares á Baal y un templo en Samaria, al mismo tiempo que Hiel fundaba la ciudad de Jericó.

Despues de Jeroboam, amables niños, el trono de Israel fué ocupado por una sucesion de príncipes sin fé, sin principios y sin moralidad; no siendo respetado el culto del verdadero Dios, le reemplazaron los ídolos; quebrantóse la ley de Moisés, y el pueblo, siguiendo el ejemplo de sus reyes, se entregó sin temor al crimen y á la impiedad.

Así la cólera del Señor hirió cruelmente á ese pueblo ingrato que olvidaba sus beneficios y como que desafiaba su poder. La guerra diezmo á sus hijos; las enfermedades destruyeron á los que respetó la guerra, y en vez de la dicha reinó la desesperacion en todas partes! El crimen sustituyó á la virtud, y la miseria sucedió á la riqueza, viéndose á cada paso el dedo de Dios que amaga y castiga á los malos.

O vosotros, niños, que leéis estas líneas escritas para vosotros, estudiadlas con atención, y sacaréis de ellas lecciones que sabréis apreciar. Si no practicáis el bien por amor á la virtud, hacedlo por temor del castigo que os está reservado; porque, no lo olvideis, el Señor juzgará vuestras acciones; y desgraciados de vosotros si no os presentáis ante él con la seguridad y la calma que dá el sentimiento de haber cumplido con sus deberes!

VALOR DE UNA JOVEN.

¿Habeis visto en la casa de las fieras, y en una de las grandes jaulas un ave de rapiña de penetrantes ojos, de pico retorcido y acerado, de garras armadas de cortadoras uñas, cuyo plumaje es de un color pardusco, sembrado de manchas negras? Ese pájaro es el águila, reina de las aves, la cual tine su habitual morada en la cima de las montañas; y vamos á contaros un hecho que tuvo lugar años pasados en las costas de Alicante, y á que dió margen la voracidad de un águila.

En un pueblecillo, no lejos de la costa, compuesto en su mayor parte de pescadores, vivía una familia que tenía en un valle cercano una corta heredad. Era el mes de julio, y mientras el resto de la familia se hallaba diseminada en las montañas, ocupada en diversos trabajos campestres, Josefa Riaza y su hermana residían en la heredad al cuidado de algunas reses.

El tiempo era soberbio, y las dos jóvenes quisieron aprovecharlo para lavar en un arroyo inmediato alguna ropa, llevándose una de ellas un niño que apenas tendría tres meses. Despues de dormirlo, la hermana de Josefa puso á su hijo en una cuna, y lo dejó debajo de un pino, ocupándose luego en lavar. Cuando acabó su tarea, fué en busca del niño para darle de mamar; pero cuáles no serían su asombro y su dolor cuando halló la cuna vacía! —Dónde estaba el hijo que había salido del fruto de sus entrañas?

Ay! un águila monstruosa acababa de arrebatarlo, y Josefa Riaza, atraída por los gritos desesperados de la pobre madre, vió al ave de rapiña con la inocente criatura entre sus garras, y que remontándose con rápidas alas, ya tocaba en las nubes.

Qué hacer? si se espantaba al águila con gritos ó escopetazos,

era capaz de soltar al niño, el cual hubiera caído al suelo hecho mil pedazos.

La joven, sin perder su presencia de espíritu, pensó desde luego en semejante peligro, y enviando á su hermana, que se hallaba mas muerta que viva, á buscar socorro en el pueblo, tomó una resolución heroica.

Habia visto muchas veces al ave, notando que siempre dirigía su vuelo hácia la cumbre de un cerro llamado *Pico de Cabra*, y dijo para sus adentros:

«Sin duda tiene su nido allí; lleguemos antes que ella, á fin de arrancarla el niño.»

Pero cómo ejecutar esta resolución? esto era lo difícil, ya que no imposible. La roca que era preciso escalar era de una altura prodigiosa, y en lugar de un sendero abierto entre las piedras, se encuentran muchos guijarros que ruedan bajo los pies, arrastrando á uno en su caída.

Josefa Ríaza veía la inminencia del peligro; pero nada pudo contener su ardor, tratándose como se trataba de la felicidad de toda su familia.

Descalza y provista de una navaja, se puso á subir á la roca, agarrándose con manos y pies á los matorrales, pasando por en medio de las grietas y sobre precipicios, que las cabras mismas hubieran salvado con dificultad. Por último, con los vestidos enteramente destrozados, los brazos chorreando sangre, y llena de angustia, llegó al pico de la roca.

Esto era mucho sin duda alguna; mas dónde encontrar el nido?

A fuerza de buscar descubre al fin una cavidad atestada de ramillas de árboles y de animales muertos, como liebres, conejos y cabritos: muy cerca, y tambien sobre ramas, varios aguiluchos esperaban su cotidiano alimento.

Horrible era aquel espectáculo; el nido del águila se parecía á la cueva de una fiera; pero no por eso se asustó la joven; al contrario, bajó con resolución al agujero, y apostándose lo mejor que pudo detrás de una gran piedra, esperó que llegase el ave de rapiña.

A poco llegó esta con el niño entre las garras, y saliendo la joven repentinamente de su guarida navaja en mano, se arroja sobre el águila, la cual cojida de improviso, comienza por tener miedo, y deja caer á la inocente criatura sobre un pedazo de carne de venado. Pero recobrando á poco el valor, furiosa el águila quiere volver á conquistar la presa que le han arrebatado, dando principio á una encarnizada lucha.

Figuraos en el hueco de una roca, á algunas millas sobre los valles, y al son de los roncós rugidos de las olas, que azotaban la base del pico, á una joven luchando contra la mas intrépida

de las aves! esta batiendo las alas con fuerza, aquella evitando con destreza los terribles golpes de su adversario, y procurando herirla con la navaja! Aquel combate singular duró mas de un cuarto de hora, hasta que al fin, gracias á la proteccion del cielo, al ir á dar el águila un picotazo á Josefa Rianza, esta la clavó la navaja en la cabeza, cayendo el ave de rapiña sobre los muertos animales.

Nuestra heroína coje precipitadamente al niño, y estrechándolo en sus brazos, bajó, ó mas bien, se dejó correr á lo largo de *Pico de Cabra*, dirigiéndose en busca de su familia, cuya alegría, así como la de todos sus amigos, fué extremada, al ver al niño tan milagrosamente salvado.

DOS NIÑAS.

La bella condesa de Desomira es una viuda cuya fortuna es inmensa; pero emplea tan bien sus riquezas, que muchos desgraciados la bendicen, pronunciando su nombre cada vez que dirijen al cielo sus fervientes oraciones.

Sin embargo, el tesoro mas precioso de la opulenta condesa, es su Margarita, su hija única, niña de rubios cabellos, de azules ojos, amable, viva, y cuyo corazon es excelente, lo que vale mucho mas.

No hace muchas mañanas que la madre y la hija, despues de recorrer en carretela abierta el paseo que se extiende desde la puerta de Recoletos hasta la Fuente Castellana, se dirigieron hácia la puerta de Bilbao. Ciertamente era digno de verse un grupo de una niña de nueve años elegantemente vestida, jugando con el chal de su mamá, charlando mas que una cotorra, y de una señora jóven y hermosa, extasiada al contemplar las caricias y los infantiles juegos de su adorada hija.

La carretela, tirada por dos magníficos caballos perla, deseosos de entrar en casa, desempedrabá las calles, y ya habia llegado á la plaza de Santo Domingo, cuando Margarita dijo de repente:

— «Mamá, mira!

— Qué hay, hija? respondió la madre mirando en torno suyo.

— Dios mio! ya estamos muy lejos: pára, Manuel, pára.»

El cochero obedeció, y habiendo preguntado la condesa á

Margarita la causa de su emoción y de sus gritos, contestó esta:

—«Mamá, no ves allá abajo aquella niña llorando? yo quisiera ir á socorrer su miseria, porque tiene trazas de ser muy pobre.»

En efecto, junto á la puerta de la lotería estaba acurrucada una chica cubierta de harapos, llorando á lágrima viva, y la condesa, cediendo á las instancias de Margarita, bajó de la carretela, y se acercó á la afligida niña.

—«Qué tienes, y por qué lloras así? la preguntó con cariño.

—« Ah! señora, señora, soy muy desgraciada! respondió sollozando y bañada en lágrimas.

—Pero qué es lo que te ha sucedido?

—No lo sé, señora; pero ya hace mucho tiempo que mi madre, que era lavandera, se puso mala: estuvo en cama muchos dias, muchos dias, y despues se durmió, sin que yo pudiese despertarla gritando y abrazándola: entonces me dió miedo, y subí á casa de una vecina á decirle que mi madre no quería hablarle. La vecina me miró llorando sin responder, y luego unos hombres vinieron á casa, metieron á mi madre en una caja, y se la llevaron. Yo lloraba al ver que me separaban de mi buena madre, y quise seguir á los hombres; pero la vecina me detuvo, hasta que me escapé viniéndome á llorar aquí, porque no encuentro á mi madre, y no sé que hacerme!»

Esta historia, contada por la pobre huérfana en su lenguaje triste y sencillo, conmovió vivamente á la mamá de Margarita; y mientras esta partía con Juliana (este es el nombre de la infeliz) algunos bollos, y procuraba enjugar sus lágrimas, el lacayo enviado á la calle del Río, se informaba de la certeza de lo referido por la niña.

Segura entonces de que Juliana no tenia parientes ni amigos que la socorriesen, la condesa, no solo por satisfacer los buenos deseos de su corazon, sino cediendo á las vivas instancias de su hija, condujo á su casa á la huérfana. Es de creer que la buena conducta de Juliana, y su tierna gratitud, harán que la ilustre y rica viuda adopte á la compañera y amiga de Margarita, cuyo buen corazon es la principal causa de la fortuna que pueda caber á la huérfana.

